

LA ESPERANZA DE JOAQUÍN

Rocio Delgado

Hace poco tiempo, en un lugar no muy lejano, vivía Joaquín con su mamá. Desde muy pequeño, a Joaquín le encantaba jugar con muñecas, lucir elegantes vestidos, ponerse joyas, pintarse las uñas y labios de color rosa y fantasear que era una linda princesa. Aunque su madre lo apoyaba, existían personas que se burlaban de sus exquisitos gustos. Conforme fue creciendo, Joaquín se dio cuenta que la gente a su alrededor parecía molestarse cuando se ponía su vestido favorito y utilizaba maquillaje para salir a la calle. Preocupado porque los demás no lo aceptaban, Joaquín le pidió un consejo a su madre:

“¿Por qué es que algunos me apuntan y se ríen cuando salgo a pasear?” le preguntó.

“Porque algunas personas no entienden que cada uno de nosotros somos diferentes, mi amor,” le contestó ella.

“¿Cómo? ¿Pero en qué soy yo diferente a los demás?” quiso saber Joaquín.

“Supongo que son tu vestimenta y manera de comportarte que algunos no consideran propios de un muchacho,” le explicó su madre.

“Pero es que a mí me fascinan los vestidos, collares y pinturas. ¡Sobre todo el color rosa! Quiero tener mi pelo largo, ponerme aretes, pintarme y llamarme como tú. ¡Yo quiero ser una niña como tú mamá! ¿Por qué no puedo ser niña?” preguntó Joaquín entristecido.

“Tú puedes ser lo que tú decidas ser, Joaquín. Como te ven los demás por fuera no determina quién eres tú por dentro. Habrá muchos que intenten lastimarte por no estar de acuerdo con tu manera de ser, pensar o sentir. Cuando esto suceda, recuerda que sus acciones no tienen nada que ver contigo. Hay quienes que están confundidos y no valoran que lo que realmente importa es ser una buena persona y aceptar a los demás.”

Aunque Joaquín agradeció las palabras de su madre y se alejó, seguía preocupado por lo que dirían de él. No quería ser rechazado por sus amigos y por esta razón, decidió mantener sus vestidos, joyas, y maquillaje escondidos en un cajón. Con el paso del tiempo, Joaquín conoció muchos lugares y personas diferentes. Sin embargo, él sentía que aún no era feliz. Extrañaba lucir aquellos vestidos y collares de su infancia que tanto gozo le brindaban. Entonces recordó los consejos de mamá y corrió a buscar sus tesoros en el baúl.

Joaquín tenía tantas cosas y recuerdos guardados que al principio le fue difícil desempolvar todas sus pertenencias. Sin embargo, cada una de las piezas que sacaba lo hacían sentir mejor. Sonreía mientras desempacaba y no podía esperar para compartir su alegría con la persona que siempre lo había animado. Emocionado y con los brazos cargados de vestidos, joyas y demás objetos tan valiosos para él, Joaquín fue en busca de su madre. Al encontrarla, exclamó:

“¡Mami, mami, mamita querida, mira cuántas cosas bellas he encontrado!”

“Sí cariño, son todas esas cosas que te hacen una persona tan especial,” contestó mamá mirándolo tiernamente. “Continúa buscando aquello que

te hace feliz. Me siento orgullosa de ser tu madre y siempre estaré aquí para apoyarte. Recuerda que además de “mamá,” también puedes llamarme Esperanza.”

“Esperanza,” repitió Joaquín pensativo. “¡Sí mamá! ¡Me gusta ese nombre! Quiero vivir en un lugar donde se acepte y respete la forma de ser, pensar y sentir de todas las personas. Poder llamarme como tú me da la confianza de creer que existe ese mundo mejor” concluyó felizmente Joaquín.